

de Juan Manuel Burgos, que tiene indiscutibles aciertos, pero también —a mi modo de ver— algún que otro reparo, como la ya aludida concepción ‘totalizante’. José Ernesto Parra, de Providence University (Taiwán) explica en el artículo 4º que la cultura china es ajena a la noción de persona y a la realidad que a ella subyace. Javier Barraca, de la Universidad Rey Juan Carlos (Madrid) aborda en el capítulo 5º el tema de la irrepitibilidad de la persona desde el punto de vista de la bioética. José María Carabante, en el capítulo 6º atiende a la correlación entre el personalismo y el comunitarismo. Nieves Gómez, filósofa conocedora de la antropología de J. Marías, expone en el capítulo 7º la distinción entre el transeúnte o viajero anónimo y el pasajero-persona. Por último, Francisco Manuel Villalba, profesor de IES, propone en el capítulo 8º cómo personalizar la cultura.

Como se puede advertir, los temas y autores abordados en este estudio son de indudable interés. Se trata de un trabajo en el que, por lo formativo, el lector tiene no pocos elementos para pensar y aprender. Con todo, de poner algún reparo a la mayor parte de los artículos que componen este libro, una objeción sería que podrían ser más profundos; pero seguramente se han confeccionado tal como aquí se publican por exigencias de la línea de la Colección Persona de la Editorial Kadmos, dedicada a un público amplio con inquietudes humanísticas.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra
jfselles@unav.es

FUSTER CAMP, IGNASI X.

Persona, naturaleza y cultura. Una antropología de la pasividad, Balmes, Barcelona, 2012, 260 pp.

Esta publicación del profesor Fuster pone el acento de la persona humana en la ‘pasividad’, nota de ordinario no tenida suficientemente en cuenta en las antropologías recientes, a la par que tiene unas reflexiones muy personales e interesantes sobre la cultura. El

libro se divide en cuatro capítulos, cuyo fondo temático se sintetiza a continuación.

En el Capítulo I, *La perspectiva radical de lo personal*, pone de relieve la radicalidad de la persona, en una época como la nuestra en la que “asistimos a una especie de agotamiento universal del espíritu. Un escepticismo radical invade todas las mentes. No vale la pena esforzarse por conocer lo real. Basta con lo cotidiano, lo pequeño, lo fugaz. Se trata de aprovechar el momento y gozar del presente” (p. 19). El autor distingue en el hombre correctamente entre *persona* —lo radical humano— y *naturaleza* —lo común a los hombres—, o en palabras más clásicas, entre el *ser* y la *esencia*, aunque algunas veces considera que la persona es el ‘todo’ de lo humano, asunto matizable, pues en rigor la persona es sólo lo más activo en el hombre y lo que activa a lo potencial en él. En esta sección indica con acierto que la racionalidad es una nota distintiva de la *esencia* humana, no del *ser*. Por tanto, cada quien trasciende esa nota. La persona es, para el autor, lo último del hombre, a la que llama ‘*personalitas*’, personalidad, aunque, para evitar confundirla con la personalidad psicológica, convendría llamarla de otro modo. En cualquier caso, se trata de la distinción real entre *persona* y *yo*.

Acierta Fuster en que “la persona es espíritu”. Pero no —a mi modo de ver— en sostener que lo radical en la persona sea ‘pasivo’, aunque se diga que esa pasividad hace referencia a Dios. En efecto, habla de ‘recibir’, y considera que lo que nos distingue como personas humanas es que recibimos. Estimo, en cambio, que ‘aceptar’ no es ‘recibir’, y que mientras que lo primero es lo más activo en la persona humana, lo segundo, por pasivo, no puede pertenecer al ser, a la persona. Además, el aceptar es respecto de personas; el recibir, en cambio, lo es respecto de cosas. Es pasivo lo que de entrada es potencial y está diseñado para activarse y crecer. Así son la inteligencia y la voluntad. Pero no es pasivo lo que nativamente no lo es. Así es el acto de ser personal. En consonancia con lo indicado, el autor escribe que “el cometido de este trabajo consiste en poner en relación la *personalidad* (el acto de ser personal), la *humanidad* (la esencia humana) y la *culturalidad* (el fenómeno humano de la cultura)” (p. 45). El objetivo es óptimo.

En el Capítulo II, *La naturaleza humana*, el autor parte de la exposición de algunas funciones básicas humanas, tales como el res-

pirar y expirar, la sexualidad ('alma masculina-alma femenina'), la nutrición ('asunción-expulsión'), etc., para explicarlas como análogos inferiores, biológicos, de lo que ocurre a nivel superior, espiritual. Al aludir a lo sensible considera que algunos actos son pasivos; sin embargo, en sentido propio, lo pasivo son las potencias o facultades, no sus actos. Con la aludida visión dual actividad-pasividad expone asimismo las potencias superiores del hombre, la inteligencia y la voluntad, sosteniendo que la primera se corresponde pasivamente con el intelecto agente, mientras que la segunda lo hace (esta tesis es novedosa) con la 'voluntad agente'. En fin, el propósito de esta parte es bueno, pero tal vez habría que fundamentar mejor las tesis desde una teoría del conocimiento profunda.

El Capítulo III, *Carácter personal de la naturaleza humana*, explica la *naturaleza* humana desde la *persona*, planteamiento excelente, porque lo inferior debe ser explicado desde lo superior, no a la inversa. En este apartado también trata de la *esencia* humana, y la describe de un modo peculiar y novedoso: como "anhelo del ser personal" (pp. 133/145). Habría que subrayar que el libro está más centrado en la esencia humana que en las demás dimensiones. Y es sobre todo a la esencia humana a la que atribuye la *pasividad* humana, por comparación al acto de ser. Sin embargo, no todo en la esencia humana es nativamente pasivo, pues si bien son así sus potencias inmateriales (inteligencia y voluntad), lo radical de ella es activo, aunque menos activo y perfecto, obviamente, que el acto de ser. Convendría, por tanto, atender a estos pequeños matices. Asimila el *alma* a la cúspide de la esencia humana, y la distingue del acto de ser: "el acto de ser personal constituye el origen del alma; y la *pasionalidad* de la esencia humana constituiría la vida íntima y escondida del alma" (p. 148).

El Capítulo IV, *La cultura humana*, cuenta con lo que el autor ya ha adelantado, a saber, que "la luz del acto de ser personal debe iluminar la naturaleza humana y el fenómeno humano de la cultura" (p. 140). Sus argumentaciones sobre el carácter de la cultura son largas, pensadas, en dialogo y contraste con autores relevantes como Heidegger, y desde luego, muy pertinentes en la actualidad, en que la cultura está en auge, pero "corre el peligro de no manifestar el misterio del hombre" (p. 169). Expone asimismo la contraposición

entre la cultura pagana y la cristiana. En cualquier caso, la clave del capítulo pasa por advertir que “la cultura no es únicamente una producción humana sino que proviene del espíritu del hombre. Es la manifestación del espíritu que tiene lugar a través de la esencia” (p. 183). Al ser la cultura manifestación de esas dimensiones humanas, y en coherencia con lo dicho, el autor afirma que “la cultura es espiración pasiva respecto a esa pasión fundamental y esencial del hombre” (p. 188). Se trata del arrebatador creador del artista, fuente de su inspiración. Explica asimismo la cultura vinculada a la *moralidad* humana, pero no sólo a ésta, sino que añade: “la cultura posee un contenido ‘cósmico’, un contenido ‘antropológico’ y un contenido ‘religioso’” (p. 202). Con este correcto planteamiento el autor corrige el *relativismo* y *nihilismo* culturales.

Como se puede apreciar, la tesis central del libro es que lo radical en el hombre es lo *pasivo* en vez de lo activo ¿Por qué la defiende el autor? Porque piensa que la persona humana es, en rigor, “*potencia respecto de Dios*” y que esa pasividad origina la pasividad manifestativa humana. “Por tanto, el dinamismo de la naturaleza humana es más radicalmente pasivo que activo” (p. 123). Pero seguramente esta tesis es corregible, porque supone otorgar prioridad temporal y ontológica a la potencia sobre el acto, tesis que caracteriza a la modernidad filosófica (que tiene su origen en Escoto). La persona por ser *acto de ser* carece de potencialidad a ese nivel. Con todo, no es un acto clausurado, sino por naturaleza creciente respecto de su Creador, a la par que su radical actividad es asimismo elevable por Dios.

Lo que no se puede negar a Fuster en esta obra es que ha pensado los temas de que trata de modo muy personal, sin atenerse a escuelas, a fijos precedentes, aunque los conoce (Tomás de Aquino, Kierkegaard, Heidegger, Polo...), y que lo ha hecho de modo notable. De manera que, con su lectura, el lector dispone de muchos estímulos para seguir pensando estos temas humanos de fondo y a proseguirlos.

Juan Fernando Sellés. Universidad de Navarra
jfselles@unav.es